

EL HABITÁCULO

Desde un rincón de mi habitación, con un ángulo extravagante, se veía por mi ventana un negro absoluto. En una noche cerrada como aquella, solo se podía percibir una débil luz difícil de atisbar, sabía que estaba ahí, porque nunca se apagaba. Con color azulado, al que me podría quedar mirando toda la vida. Esa noche se notaba más avivada, como con una fuerza que me atraía. Me acerqué más a la ventana intentando verla mejor y ese día por primera vez la abrí y me subí. Miré hacia arriba e intuí unas nubes tapándolo todo, me senté y mire hacía aquel punto... y salté. Esa fue la única vez que me sentí libre y no preso de la realidad, me dormí. Desperté en una sala poco iluminada, sin muebles ni puertas, en ella solo había una pequeña ventana y una vela con una luz azulada que nunca se apagaba.